

Egipto; ora escoltaban caravanas y alquilaban camellos para los transportes, no siendo raro que, como bandoleros desalmados, robasen á los mismos mercaderes á quienes escoltaban ó hiciesen incursiones en el valle del Nilo, saqueando las aldeas y salvándose después en sus feroces caballos. Finalmente, entre los turcos había que distinguir los turcos propiamente dichos y los mamelucos. Los primeros, que vinieron en la última conquista de los sultanes de Constantinopla, estaban casi todos alistados entre los genizaros ó soldados del sultán, aunque la mayor parte sólo nominalmente. Los otros componían una milicia especial, creada por el sultán Selim, para evitar que un bajá ambicioso, prevaleciendo de la distancia á que estaba la metrópoli, aspirase á fundar un imperio independiente. Pero ocurrió que, en lugar del bajá, como Selim temía, fueron los mamelucos quienes se hicieron dueños del país. Eran éstos escogidos de niños entre los más gallardos esclavos circasianos, y enviados muy jóvenes á Egipto. Se les inspiraba ardiente afición al ejercicio de las armas, y llegaron á ser los más valientes y hábiles jinetes de la tierra. Ignorantes de su origen, criados en comunidad, no tenían familia ni patria, ni más sentimiento que el de la fuerza. Estaban bajo las órdenes de veinticuatro beyes ó jefes; cada bey mandaba de quinientos á seiscientos mamelucos, y cada mameluco estaba servido por dos *fellahs*. Los beyes, iguales de derecho, no lo eran en realidad; se hacían la guerra mutuamente y el más fuerte sujetaba á los otros, asumiendo una especie de soberanía vitalicia. Sin importarles un ardite la autoridad del bajá, le negaban muchas veces hasta el impuesto territorial, que por razón de la conquista correspondía al sultán, manteniéndose ellos con los productos y rentas que poseían y con las contribuciones que cobraban, cuyos recaudadores eran los *coftos*. Cuando los franceses arribaron á Egipto, había dos beyes superiores á los demás: Ibrahim, rico y astuto; Amurates, enérgico y arrojado. Existía entre los dos como un cierto repartimiento de atribuciones, ejerciendo el primero la autoridad civil y el segundo la militar.

Bonaparte comprendió, al primer golpe de vista, que la política más conveniente para sus planes consistía en halagar á los árabes, abatir á los mamelucos y servirse de los *coftos*. En su consecuencia, prometió respetar las personas y propiedades; dejó que los *coftos* siguieran administrando justicia, y dispuso que continuaran como antes los actos y ceremonias del culto. En cambio, titulándose sucesor de los derechos de los mamelucos, nombró un comisario especial que percibiese los tributos que había costumbre de pagar. Para captarse la simpatía de los nobles, ordenó que se formara un *diván* ó consejo municipal, compuesto de los jeques y notables de la ciudad, á fin de consultarle en todas las providencias que hubiese de tomar la autoridad francesa. Como de intento se habían traído muy pocos caballos y no era posible encontrar en Alejandría todos los que se necesitaban, Bonaparte hizo venir al cuartel general á treinta jeques, celebró con ellos un tratado de amistad, les compró caballos y dromedarios y les alquiló mil camellos con sus conduc-

tores. En todo esto procedió con la mayor rapidez, pues tenía prisa por entrar en el Cairo, capital de Egipto. Tanta fué su actividad que, á los cinco ó seis días de haber arribado, partía para aquella población con el grueso del ejército, por el camino más corto de Damanhur. El general Dugua, al frente de una división, se dirigió al mismo tiempo á Roseta, á donde había de ir, siguiendo la costa, una flotilla considerable cargada de víveres, artillería, municiones y bagajes para remontar después el brazo izquierdo del Nilo, por cuya orilla subiría simultánea y paralelamente Dugua con sus soldados, protegiendo á la flotilla y amparándose de ella, hasta reunirse uno y otra al ejército en Ramanieh. En Alejandría quedó Kleber, cuya herida reclamaba reposo y cuidados, de comandante de la plaza y gobernador de la provincia.

Desde los primeros pasos, fué la marcha sumamente penosa. Se carecía de agua, abrasaba el sol, y los beduinos que se avistaron con Bonaparte en el cuartel general, habiendo recibido de los ulemas y jeques del Cairo la orden de acudir en defensa de la religión del profeta amenazada por los infieles, se llamaron á engaño y, en lugar de cumplir los compromisos contraídos, dieron señales de su hostilidad ocultándose en las menores quebradas del terreno, para presentarse de improviso y sorprender con la velocidad del rayo á los soldados que se separaban de las filas. Se tardó diez y seis horas en llegar á Damanhur, donde aguardaba al ejército una gran decepción, hallando, en vez de una ciudad grande y rica, como esperaba, un poblachón de miserables barracas. Continuando al día siguiente su camino, entraron á las pocas horas en Ramanieh, donde la vista del Nilo les inundó de júbilo y no pocos, ansiosos de refrescar sus cuerpos, se arrojaron al agua. En las inmediaciones de Damanhur, quinientos ó seiscientos mamelucos habían atacado á Desaix, que formaba la retaguardia. Sabiendo que al enemigo le faltaban buenas y numerosas fuerzas de caballería, iban muy confiados en la victoria; pero Desaix mandó formar el cuadro y puso en fuga á los agilísimos jinetes.

En Ramanieh descansó dos días el ejército, esperando á la flotilla, que conducía las provisiones. Reanudada la marcha, sucedió que la flotilla, arrastrada por los vientos, se adelantó al ejército yendo á tropezar con otra turca, compuesta de barcos ligeros, llamados *djermes*; enfrente, en la orilla del río, para operar en combinación, estaba Amurates. Aunque la flotilla francesa era inferior á la turca por el número de los barcos, obligó á ésta á retirarse después de áspero combate, apresándole dos lanchas cañoneras. Advertido Bonaparte de la batalla que se estaba librando en el Nilo, ordena avanzar á las tropas al paso de carga; delante de Chebreis, otro poblacho más pequeño que Damanhur, le esperaba Amurates, con algunos miles de mamelucos y árabes, apercibido á la pelea. Bonaparte reconoce la posición del enemigo, y dispone que cada una de las cinco divisiones de su ejército forme un cuadro, en cuyos ángulos coloca la artillería y en el centro los bagajes y la caballería, distribuyendo á los granaderos en los flancos. Los mamelucos se

precipitan con intrepidez contra las filas enemigas, descargando sus pistolas y blandiendo sus sables; pero todos sus esfuerzos se estrellan en aquellas ciudades movibles de carne y hierro, erizadas de bayonetas y que vomitan fuego, sembrando en torno suyo la destrucción y la muerte. Después de dos horas de porfiada lucha, Amurates se retira en desorden hacia el vértice superior del Delta, para reunir todas sus fuerzas y librar la batalla decisiva en la altura del Cairo. Sin embargo, comienza á desconfiar del éxito. Los mamelucos que con él se salvaron, difunden los más extraños rumores; nunca imaginaron que pudiera resistir á su ímpetu un ejército de infantería, por numeroso que fuese, y no podían explicarse lo sucedido en Chebreis, sino achacándolo á magia y sortilegio. El sultán francés era un hechicero, que llevaba atados á los soldados con una gran cuerda blanca, de que tiraba á un lado ú otro, haciéndoles á su voluntad, marchar y moverse á la derecha ó á la izquierda como un solo hombre. Recordando los cuadros, que parecían tronar y relampaguear, llamaba á Bonaparte el «Sultán del fuego.»

Desde Chebreis hasta el Cairo, las jornadas fueron aun más penosas que anteriormente. Los rayos del sol caían sobre los cansados miembros de los expedicionarios como dardos candentes. En la tierra había abierto el calor anchas y profundas grietas, que dificultaban el andar. Se iba muy despacio, á causa de tener que proporcionarse víveres y por evitar que se retrasara la flotilla, á donde se trasladaba á los enfermos y fatigados. Los beduinos amenazaban constantemente los flancos y la retaguardia, y era preciso estar preparados á un encuentro con los mamelucos, que se sabía estaban haciendo en el Cairo aprestos formidables. Sólo sentían alivio los soldados bañándose diariamente en las aguas del Nilo y comiendo, hasta hartarse, de sandías exquisitas, que en aquellos terrenos se crían en abundancia. Eran juguete del fenómeno del espejismo, y al contemplar el árido desierto, recordaban suspirando las fértiles llanuras de Italia, sin que produjesen más que un efecto pasajero los discursos que á menudo les dirigía Bonaparte, para reanimar con fogosas palabras y halagüeñas promesas sus ánimos abatidos. No eran las menos acerbas las quejas y lamentaciones de los jefes y oficiales, tanto que cierto día, en un acceso de cólera, tiraron al suelo sus sombreros Lannes y Murat y los pisotearon. A veces, sin embargo, un chiste oportuno hacía reaparecer el buen humor. Así, por ejemplo, en una ocasión que Caffarelli hablaba con entusiasmo de las bellezas del país y de los grandes resultados de la conquista, exclamó un granadero: «¿Qué le importa á ese lo que estamos pasando, si él está seguro de tener siempre un pie en Francia?» Como sabemos, á Caffarelli le habían amputado una pierna en su patria; la frase corrió de boca en boca y fué muy celebrada.

El diez y nueve de Julio se paraban en Omdinar, situado frente al vértice superior del Delta, á cinco leguas del Cairo, desde donde descubrieron las pirámides de Gizeh, enfilándose todos los anteojos en dirección de las enormes moles, que se habrían tomado por

rocas gigantescas si la regularidad de sus aristas no revelara la mano del hombre. Por fin, el día veintiuno, á las ocho de la mañana, prorrumpió el ejército en gritos y exclamaciones de alegría al divisar los innumerables minaretes del Cairo, y una hora después daba vista á las huestes de Amurates, distribuidas en la margen izquierda del Nilo: á la derecha, delante de la población de Embabeh, frente á Bulac, veinte mil genizaros, en un campo atrincherado, defendido por cuarenta piezas de artillería; en el centro, doce mil mamelucos, jeques y notables del país, todos á caballo; á la izquierda, ocho mil beduinos, también á caballo. A la orilla derecha del río había acudido en masa la población del Cairo, para ver el resultado de la batalla que iba á decidir de su suerte. Los trajes magníficos, el brillo de las armas y la gallardía de los caballos de los beyes, contrastaban con los uniformes oscuros y el armamento severo de los batallones franceses. A espaldas de los beduinos se alzaban las pirámides, testigos mudos é indiferentes de las más grandes fortunas y de las mayores adversidades de la tierra: «Desde lo alto de esas pirámides, dijo Bonaparte á sus soldados, cuarenta siglos os contemplan.»

El general en jefe reconoce el campo atrincherado de los genizaros y, observando que no podrán sacar de él los cañones, por hallarse fijos y no sobre cureñas, comprende que, falta de este poderoso auxilio, tampoco se atreverá á salir la infantería. En su virtud, manda formar los cuadros y ordena un movimiento general á la derecha. Su propósito es ponerse fuera del alcance de la artillería enemiga, derrotar á los mamelucos, ahuyentar á los árabes y caer después, con todo el peso de sus fuerzas, sobre el campo atrincherado. Amurates, que si carece de instrucción, reúne á un valor indomable natural perspicacia é instinto de guerrero, presiente que es segura su ruina si deja terminar á los franceses el movimiento que han emprendido, y se lanza como una tromba con seis ó siete mil hombres, levantando nubes de polvo y ensordecido los aires, contra la columna de Desaix. Iba ésta á la vanguardia y no tenía aún completo el cuadro; acaba de cerrarlo rápidamente y, con nutridas descargas de metralla y fusilería, detiene en su avance á los mamelucos, que se ponen á galopar alrededor. Treinta ó cuarenta de los más valientes echan sus caballos de costado encima de las bayonetas, consiguendo abrir brecha; su arrojó, sin embargo, resulta inútil, y van á morir acribillados de heridas en el centro del cuadro á los pies del general Desaix. La masa vuelve bridas y se precipita sobre el cuadro formado por la segunda división; recibida con el mismo fuego, torna al punto de donde había partido; mas allí la ataca por la espalda Bonaparte, que con otra división se había corrido hacia el Nilo, y la obliga á retirarse en precipitada fuga. Amurates, con dos ó tres mil mamelucos, se dirige hacia Gizeh, quedando separado de su ejército, que corre á refugiarse, pasando bajo el fuego del enemigo, al campo atrincherado de Embabeh, donde introduce el espanto y la confusión. Desde este momento la batalla está ganada, y un nuevo esfuerzo que intentan los mamelucos sólo les conduce á experimentar mayores

pérdidas. Rechazados y perseguidos, unos retornan á Embabeh, parte perece en el mismo campo, y otros caen al río ó buscan en él su salvación. Los franceses toman el campo atrincherado á la bayoneta y echan al Nilo á la multitud de fellahs y genizaros que lo defienden, de los que no pocos se ahogan, aunque muchos ganan la orilla, por ser los egipcios excelentes nadadores. Amurates, con los restos de su caballería, se retira al alto Egipto, y su competidor, el prudente bey Ibrahim, que con mil mamelucos, sus mujeres y sus tesoros había estado contemplando la batalla desde el otro lado del río, retrocede hacia Belbeys, con dirección á Siria. Los beduinos se habían internado en el desierto, sin disparar un tiro ni dar ningún ataque, tan pronto como vieron malparada la causa de los mamelucos. Estos, para evitar que sus riquezas, fuesen presa del enemigo, pegaron fuego á los djerms donde las llevaban y que cubrían gran extensión del Nilo. Los vencedores, con todo, se apoderaron en el campo de batalla de chales magníficos, soberbias armas, caballos y bolsas, que contenían hasta doscientas y trescientas monedas de oro cada una. Pasaron muchas horas en recoger el botín, pues habían muerto de quinientos á seiscientos mamelucos y ahogándose más de mil, cuyos cadáveres pescaban los soldados para despojarlos.

La fuga del bey Ibrahim y la del bajá Seid-Abudeker habían entregado el Cairo á los excesos de un populacho feroz y embrutecido. El no haber podido acercarse aún la flotilla francesa, por falta de viento, privaba al ejército de los medios necesarios para atravesar el río y tomar posesión de la capital. Los jeques de ésta, sin embargo, temiendo más al enemigo de dentro que al de fuera, enviaron diputados á Bonaparte para tratar de la rendición é implorar clemencia. El general los acogió benévolamente, y los despidió dándoles por escolta dos compañías escogidas. Los franceses avanzaron por la orilla derecha del Nilo, que alumbraban las llamas de los sesenta bajeles egipcios incendiados por los mamelucos, y franquearon á media noche las puertas del Cairo, internándose en sus calles estrechas, largas y silenciosas. El día siguiente, veinticinco de Julio, efectuó Bonaparte su entrada solemne en la capital, se instaló en el palacio del bey Amurates y siguió la misma política de atracción y tolerancia que en Alejandría. Para tener sujeto al país, fueron por orden suya Menou á Roseta, Dugua á Damanhur, Murat á Keliub y otros generales, con las fuerzas necesarias, á otros puntos. Desaix se situó á la entrada del alto Egipto, que debería conquistar contra el bey Amurates luego que se retirasen las aguas del Nilo.

Dictó y planteó Bonaparte excelentes medidas de carácter administrativo, y en su deseo de congraciarse con los naturales, quiso que se celebraran con mayor pompa aún que la acostumbrada la fiesta del Nilo y el aniversario del nacimiento del profeta, tomando parte directa y muy principal en una y en otra. En la última asistió á los actos del culto, se sentó en almohadones con las piernas cruzadas, como los jeques, bamboleándose de

medio cuerpo arriba y meneando la cabeza de tal modo, que los circustantes quedaron edificadas de su piedad. Al mismo tiempo, mandó que las tropas conmemorasen el veintidós de Septiembre, aniversario de la proclamación de la República en Francia, é hizo que los habitantes se asociasen á esta solemnidad. Construyó para ello, en la plaza más grande del Cairo, un circo inmenso, decorado con ciento nueve columnas, sobre cada una de las cuales flotaba una bandera y cada bandera ostentaba el nombre de un departamento. En la entrada del circo había un arco de triunfo, donde estaba representada la batalla de las Pirámides, nombre que diera Bonaparte á la acción de Embabeh, sabiendo la influencia que ejercen en casi todos los espíritus las palabras que invocan recuerdos é imágenes de gloria y de grandeza. Entre las inscripciones que adornaban el cuadro, se leía la siguiente: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta». No guardaban la mejor armonía entre sí aquella pintura y este letrero; pero Bonaparte tenía que lisonjear á la par á vencedores y vencidos. Dirigió un arrogante discurso á sus soldados, diciéndoles, entre otras cosas: «Desde el inglés, célebre en las artes y el comercio, hasta el horrible y feroz beduíno, todos los pueblos de la tierra fijan sus miradas en vosotros»; y ordenó después que los batallones evolucionasen en el circo, mientras un destacamento iba á colocar la bandera tricolor sobre la más alta de las pirámides. La fiesta terminó con un espléndido banquete en palacio y una brillante iluminación en la ciudad.

Entre las creaciones de Bonaparte en el Cairo, merece especial mención la del Instituto de Egipto, imitación del de la madre patria; lo formó con los sabios que había llevado consigo y dotóle de rentas, cediéndole para que se instalara uno de los palacios más grandes de la capital. Debían los miembros de aquel centro hacer observaciones útiles para la física, la astronomía y la historia natural; dedicarse á estudiar el país, sus recursos, producciones, topografía, minas, monumentos, mejoras aplicables á los sistemas de canales, riegos y cultivo, y explotaciones é industrias que podrían establecerse con más fruto. Cuando más absorto se hallaba en el estudio y fomento de los intereses morales y materiales del país, llególe la triste noticia de haber sido destruída su escuadra por Nelson el primero de Agosto, en la rada de Abukir.

Al salir Bonaparte de Alejandría, había recomendado vivamente al almirante Brueys que pusiera sus naves al abrigo de los ingleses, bien entrando en el puerto viejo, si era posible, bien dirigiéndose á Corfú; le encargó, sobre todo, que no permaneciese en la rada de Abukir. Suscitóse entre los marinos acalorada polémica acerca de si los navíos mayores podrían entrar en el puerto viejo, practicándose sondajes, que no fueron bastantes á despejar las dudas. Brueys, sin embargo, optó por la negativa, y en su virtud, se dispuso á zarpar para Corfú; mas había perdido ya un tiempo precioso, y aún aguardó unos días mas, esperando recibir la noticia de la entrada de sus compatriotas en el Cairo, por ser admirador muy devoto de Bonaparte. A estas circunstancias se debió que Nelson